

Mujeres en Organizaciones de Mayores: nuevos liderazgos y procesos de subjetivación femenina

*Corina Soliveréz**

*María Julia Xifra***

Resumen

El proceso de envejecimiento demográfico es global y está caracterizado por la feminización de la vejez. Esto conduce a pensar el género y la edad como parte de procesos sociales que operan generando desigualdades que afectan en mayor medida a las mujeres que a los hombres. Este artículo tiene como objetivo resaltar el valor positivo de los Centros de Jubilados argentinos y describir los cambios en las relaciones de género que se están gestando en los mismos. Los hallazgos evidencian que se registra un mayor protagonismo de las mujeres en los cargos jerárquicos, lo cual cuestiona el rasgo masculino de este tipo de instituciones. Este estudio plantea la importancia de promover el fortalecimiento de estas organizaciones como lugares de pertenencia e inclusión social, además de incorporar la perspectiva de género en las instituciones donde transitan las mujeres mayores para que puedan asumir liderazgos y promover procesos de subjetivación femenina.

* Licenciada en Psicología. Docente de la Facultad de Psicología y coordinadora del Programa Gerontológico de la misma facultad. Investigadora del Instituto de Psicología Básica, Aplicada y Tecnologías (Ipsibat) de la Facultad de Psicología en la Universidad Nacional de Mar del Plata/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Correo electrónico: [csoliveréz@yahoo.com.ar].

** Licenciada en Terapia Ocupacional y maestra en Gerontología. Docente e investigadora de la Carrera de Terapia Ocupacional en la Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social. Coordinadora Técnica de la Especialización en Gerontología de la Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Correo electrónico: [julyxifra@yahoo.com.ar].

Palabras clave: envejecimiento, organizaciones de personas mayores, género, liderazgo, subjetividad.

Abstract

The demographic aging process is global and is characterized by the feminization of old age. This leads us to think of gender and age as part of social processes that operate generating inequalities and these affect women more than men. This paper aims to highlight the positive value of Argentine Retirement Centers and describe the changes in gender relations that are taking place in them. The findings show that there is a greater role for women in hierarchical positions, which questions the masculine trait of this type of institution. This study raises the importance of promoting the strengthening of these organizations as places of belonging and social inclusion, as well as incorporating the gender perspective in the institutions where older women transit so that they can act as leaders and promote processes of female subjectivation.

Keywords: aging, older people's organizations, gender, leadership, subjectivity.

Introducción

El envejecimiento de la población se ha acelerado en todo el mundo y, por primera vez en la historia, la mayoría de las personas pueden aspirar a vivir por encima de los 60 años (OMS, 2015). El proceso de envejecimiento demográfico es global y acompaña las múltiples transformaciones que acontecen. En este sentido, un nuevo grupo social evidenciará los diversos cambios sociales, tanto cualitativos como cuantitativos, redefiniendo el concepto de longevidad (Bernardini, 2021). Asimismo, el privilegio que hasta hace un siglo era reservado para unos pocos, hoy en día se vislumbra como una experiencia colectiva posible.

Si se considera que el género no es un fenómeno independiente de la construcción social de la vejez, será fundamental abordar el envejecimiento poblacional desde una perspectiva de género (Aguirre y Scavino, 2018). En otras palabras, el aumento en la expectativa de vida irá acompañado de una feminización de la vejez —ya que la mortalidad es menor en las mujeres mayores que en los varones—, como también de un fenómeno multigeneracional, es decir, con la convivencia de tres o cuatro generaciones que simultáneamente forman parte de una misma familia (bisabuelos/as, abuelos/as, padres/madres e hijos/as). Esto conduce, por lo tanto, a pensar el género y la edad como parte de procesos sociales que, sumados a la situación de las mujeres mayores en relación con su salud, formación, trayectoria laboral, estrato socioeconómico y participación, determinarán diversas vejezes y heterogeneidad de su curso vital.

Esto lleva a reflexionar sobre los diversos espacios de participación de las personas mayores, en particular de las mujeres mayores, en los sistemas de apoyo que respondan a una real demanda de acuerdo con las necesidades de este colectivo y habiliten oportunidades de inclusión y participación comunitaria. Entre estas alternativas encontramos las Organizaciones de Mayores (OMA), como los Centros de Jubilados, que nuclean pares por afinidades e intereses comunes, amigos, vecinos, brindando distintos tipos de apoyos (Golpe y Arias, 2005).

En este contexto y frente al nuevo escenario que expone la nueva longevidad, el presente artículo pretende describir el rol de las personas mayores que gestionan los Centros de Jubilados. En particular, la mirada recae en las denominadas mujeres hacedoras (Xifra, 2020) desde una posición feminista con perspectiva de género, para analizar los cambios acontecidos en los últimos años tanto en las dinámicas institucionales de las Organizaciones de Mayores como en los Centros de Jubilados, en tanto espacios de inclusión, pertenencia y resistencia frente a la discriminación edaísta.

Centros de Jubilados: espacios de inclusión, pertenencia y resistencia

Los Centros de Jubilados pueden ser definidos como instituciones que, mediante el desarrollo de diversas actividades: educativas, recreativas, deportivas, preventivas y socioculturales, aspiran a promover el intercambio de vivencias y experiencias entre personas mayores y así generar lazos de apoyo. Tienen como destinatarios a los mayores independientes o semidependientes, ya que algunos funcionan como comedores comunitarios, proveen alimentos, propician la participación en actividades o talleres, proporcionan atención de enfermería, pedicura, guardias de trabajadores sociales para la gestión de trámites, etcétera. En estas instituciones, las personas mayores pueden ingresar, permanecer o retirarse cuando lo deseen, por lo que la decisión de asistir es voluntaria y motivada por la satisfacción de una necesidad puntual.

Si bien los primeros Centros de Jubilados que se gestaron fueron por oficios, en la actualidad la mayor parte de ellos se encuentran vinculados al Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (PAMI), por lo que los programas sociopreventivos (Actividades Sociopreventivas y Educación Alimentaria Nutricional) y Pro Bienestar funcionan en ellos. Como toda institución, están dotados de normas de organización, regulación, transformación y transmisión. Poseen una comisión directiva, definida en un orden jerárquico en el que las máximas autoridades son el presidente y el vicepresidente. A lo largo de los años se ha observado el rasgo masculino en este tipo de instituciones (Golpe *et al.*, 2014), en las que, si bien las mujeres han mostrado una importante participación, son los varones quienes han ocupado en mayor proporción los cargos jerárquicos.

La institución posee la capacidad de promover un orden simbólico y formar un tipo de sujeto ligado a cierto orden (Dubet, 2006). Es por ello que las instituciones inscriben una cultura en la subjetividad de los individuos, institucionalizando valores y símbolos. La *institución*, según Kaës (2004), es el orden por el cual se funda un

colectivo con el objetivo de realizar una tarea útil, necesaria para el funcionamiento social. Los Centros de Jubilados en tanto institución garantizan una previsibilidad, un campo de certidumbre y una estabilidad en un colectivo que, al concluir su vida productiva y disponer de una imagen disvaliosa de la vejez, genera una disrupción, la cual tensiona y pone en cuestión el sí mismo (Iacub, 2011). De este modo, los Centros de Jubilados son espacios identitarios que operan como un nucleamiento de sujetos, que lo que connota es, por un lado, un lugar que proporciona apoyo social y un espacio de resistencia para un grupo discriminado y, por otro lado, un lugar de enunciación (Golpe y Arias, 2005), con enunciados performativos frente a una sociedad que legitima esta inclusión por exclusión. El análisis de las instituciones facilita la observación y el despliegue de una lógica binaria (Bhabha, 1994), en la cual pueden construirse identidades de diferencia (viejo/joven, yo/otro), que no hacen más que visibilizar opuestos que indican categorías (adentro/fuera, inclusión/exclusión), en las cuales los sujetos ven dificultadas sus oportunidades de circulación.

Los Centros de Jubilados son un colectivo instituido, organizado y legislado en el campo de las relaciones sociales, se materializan en estas organizaciones sin fines de lucro y forman parte de la sociedad civil. Se constituyen como lugares que construyen, remarcan y desarrollan el sentido de pertenencia social en las personas mayores. Además, fomentan un reconocimiento institucional y formal de la vejez, facilitan el empoderamiento en las personas mayores y la apropiación de un espacio que los define. Esto resignifica la función de los Centros de Jubilados, donde pertenencia, inclusión, construcción de lazos, vínculos y redes, proyectos y prácticas se complementan y articulan para establecer relaciones de complejidad creciente, superadoras de una mirada estereotipada de la vejez, que habilitan el desarrollo de los derechos humanos y las libertades. En este sentido, las personas mayores se reúnen con un objetivo común, que los nuclea en las actividades y necesidades compartidas, en un entramado social donde la defensa de derechos del colectivo, ante la discriminación edaísta, se constituye en un orden de resistencia. Este análisis

nos conduce a pensar estas instituciones como un campo de lucha, en el cual las personas mayores se vuelven protagonistas, enuncian su presencia ejerciendo su ciudadanía como una alternativa frente al edaísmo y la segregación social; son espacios de reconocimiento social e individual que favorecen una nueva lectura de sí y permiten alojar ese sentir que genera perplejidad en esta etapa de la vida.

Personas mayores hacedoras: las y los líderes de los Centros de Jubilados

Existe una amplia variabilidad de personas mayores que concurren a los Centros de Jubilados. Se encuentran aquellas que se dirigen para solicitar y tramitar prestaciones y/o recursos, otras que se acercan para participar de talleres y/o actividades recreativas y también están aquellas que, mediante gestiones en esos centros, promueven beneficios para sus pares. Dentro de este último grupo están las personas mayores que son líderes de las OMA. A este grupo de personas se las denominó *hacedoras*. Si bien, como expresan algunos autores (Clark, 1997; Wilcock, 2011; Wood, 1998), ser un ser humano es *ser ocupacional*, ya que las personas con su compromiso en ocupaciones se definen a partir del *hacer, ser y convertirse* (Wilcock, 2011), al focalizar esto en las personas mayores, se ha reservado el término *hacedor o hacedora* para los y las líderes de OMA que, más allá de lo que hacen con su tiempo, cómo organicen sus actividades y los propósitos y significado que le otorguen, son capaces de relegar lo personal por el bien de un colectivo o su comunidad (Xifra, 2020). Ulloa (2011) analiza lo que sucede cuando el malestar deviene cultura, cuando cada sujeto integrante de la cultura es a un tiempo *hechura y hacedor* de ella. Puede ser considerado hechura en tanto que demora parte de su libertad en compromiso con el bien común de su comunidad; esa demora de su propio juego libre va edificando en él una ética de compromiso cultural. Esta renuncia, legitima su condición de protagonista *hacedor* de esa cultura, al postergar parte de la propia libertad.

Las personas mayores hacedoras, es decir, las y los líderes de OMA, participan activamente en la toma de decisiones, ya sea recibiendo a los profesionales y afiliados, o estando en contacto permanente con la sede de PAMI para demandar recursos para el resto del colectivo. A partir de la gestión garantizan el funcionamiento de los Programas Sociopreventivo (actividades/talleres, refrigerio, E.A.N.) y Pro Bienestar (comedor y bolsón), organizan además eventos, gestionan viajes y demandan recursos a PAMI para el resto de las personas mayores (por ejemplo, bastones, sillas de ruedas, anteojos, medicamentos, etcétera), entre otros. Todo este conjunto de actividades los convierte en protagonistas y dinamiza su trayectoria vital.

Participar de y en una organización es mucho más que asociarse o concurrir, es sentir a la misma como algo propio, es implicarse en los asuntos que hacen a la organización, no es sólo estar, sino sentirse dentro/parte (Burín, Karl y Levin, 1996, citado en Fassio, 2015). La participación en actividades sociales o comunitarias, como puede ser formar parte de un Centro de Jubilados, desempeñando actividades a nivel institucional y manteniendo relaciones con personas a las cuales se puede o no estar ligado afectivamente, implica un compromiso con los objetivos comunes para el beneficio propio o de su grupo de pares, cuidado y asistencia de otras personas. Estos mayores hacedores se empoderan, son protagonistas, se constituyen como un agente transformador participativo en actividades generacionales autogestivas. La participación permite, entonces, la ejecución de acciones colectivas de reivindicación y de lucha y modifica también la posición subjetiva. Como refiriera Golpe *et al.* (2014), las y los líderes de OMA explican la construcción de un poder social y simbólico, poniendo en discusión convenciones naturalizadas con respecto a la vejez, que tienden a establecer jerarquías de edad privando de poder a los mayores.

Las personas mayores hacedoras se implican en tareas de voluntariado, realizando actividades generativas (Villar, 2012). Se entiende como actividades generativas aquellas que contribuyen al bien común de los entornos en los que las personas participan (la familia, la comunidad, etcétera), para reforzar y/o enriquecer a las institucio-

nes sociales, asegurar la continuidad entre generaciones o plantear mejoras sociales. Se puede observar que la participación en las OMA permite a las personas mayores su desarrollo a partir de la cooperación y el ejercicio de su solidaridad. Esta tarea desempeñada por las y los hacedores no busca una recompensa o retribución económica, sino que se sostiene a partir de las posibilidades de conseguir beneficios para otras personas mayores, en la búsqueda de mejorar la calidad de vida. Los Centros de Jubilados se constituyen como un dispositivo de apoyo social que permiten establecer relaciones de ayuda mutua, recíproca. Quienes organizan/gestionan no sólo dan, sino reciben. Brindan su tiempo, asumiendo su responsabilidad ante los demás, pero también son escuchados; muchas veces adquieren reconocimiento, reciben el afecto de las personas concurrentes y encuentran la posibilidad de brindar su experiencia a los otros. La actividad generativa en la vejez no implica sólo contribuir a la mejora y el sostenimiento de un espacio en el que se participa, sino también es una actividad que da sentido y propósito a la vida. Por ello contribuir aporta no sólo beneficios para los demás, sino también genera recompensas personales (Villar, López y Celdrán, 2013).

Mujeres hacedoras: un nuevo liderazgo en los Centros de Jubilados

Los Centros de Jubilados son espacios que nuclean a personas mayores. En ellos se generan grupos, vínculos interpersonales en la búsqueda de objetivos comunes y existen relaciones asimétricas de poder entre sus miembros. Al igual que en otras instituciones hay alianzas, competencias, jerarquías, liderazgos y autoridad. La visita a los Centros de Jubilados ha permitido observar cómo se manifiestan estas relaciones de poder, donde además las relaciones de género se tornan fundamentales para entender la transición que está aconteciendo en el presente, en un contexto de una nueva longevidad, caracterizado por la feminización de la vejez.

Para un estudio realizado en Mar del Plata entre los años 2007 y 2008 (Golpe *et al.*, 2014) fueron entrevistados líderes de OMA. Se observó que, si bien participaban tanto varones como mujeres en actividades de gestión, el cargo de la presidencia o vicepresidencia era ocupado mayoritariamente por hombres. En la actualidad se observa un mayor protagonismo de las mujeres en los cargos jerárquicos (Xifra, 2020). Se advierte un aumento en la cantidad de líderes femeninas que participan activamente en estos espacios, que cuestionan el rasgo masculino de ese tipo de instituciones y expresan otras democratizaciones.

Datos recientes, facilitados por los y las trabajadoras sociales de PAMI de la UGL XI, permiten realizar un análisis de género de las personas mayores hacedoras. El registro se realizó sobre 34 de los 54 Centros de Jubilados vinculados a PAMI, es decir, de aquellos donde se desarrollan los Programas Pro Bienestar junto con los Sociopreventivos. Con respecto al cargo de presidente/a, 58.8% son mujeres y 41.2%, varones. El cargo de vicepresidente/a es ejercido por 64.7% de mujeres y 35.3% de varones. En cuanto al cargo de tesorero/a, la diferencia es aún mayor, registrándose 73.5% de mujeres y sólo 26.5% de hombres. Es importante resaltar, además, que, de los 34 centros registrados, 11 (32.3%) se encuentran compuestos exclusivamente por mujeres hacedoras, no observándose ningún hombre que se desempeñe en actividades de gestión. Si bien en muchos centros se advierte un varón registrado en la comisión directiva, en la práctica son *ellas* quienes adquieren protagonismo y se encuentran tomando decisiones, es decir, son las que ponen el cuerpo día a día desempeñándose en ese rol que expande su experiencia vital.

Envejecimiento y género

Al abordar la cuestión social del envejecimiento, es fundamental focalizar todos los factores que se articulan y determinan realidades, como la pobreza, el género, las migraciones, etcétera, que dan cuenta de las diversas vejeces y de la heterogeneidad en el proceso de enve-

jecer. En este sentido, existe una interseccionalidad de vectores entre los que se encuentra el género, la clase social, el nivel de instrucción, que de alguna manera operan como opresión estructural, hacen visibles múltiples vejez y configuran diversas vivencias que dependen no sólo del sujeto, sino también del contexto (Manes *et al.*, 2016). Por lo tanto, no será igual la vejez en el hombre que en la mujer, pues el género femenino, sin duda, es el que presenta una situación de desventaja económica, material y cultural, que se visibiliza, por ejemplo, en la accesibilidad a la educación y en el menor nivel de instrucción.

El estudio de la relación entre género y envejecimiento es reciente en la literatura científica, a pesar de que, desde la década de 1970, los estudios feministas ponían de manifiesto los determinantes de las relaciones entre los sexos, así como las marcas que dejan en la constitución de las subjetividades femeninas la opresión de la mujer. Para Scott (1986), el género no es sólo la construcción social de la diferencia sexual, sino también una forma de significar las relaciones de poder. En tanto construcción social, el género instituye un orden social, produce significados respecto a los diferentes roles y lugares para mujeres y varones, como también asigna normas regulatorias de comportamiento.

Arber y Ginn (1996) fueron pioneras en resaltar el papel del género en el proceso de envejecimiento diferencial en hombres y mujeres, destacando la importancia de comprender cómo se relacionan edad y género con la distribución de poder, privilegios y bienestar en una sociedad. Estas autoras sostienen que las funciones asignadas a los géneros y las configuraciones identitarias desarrolladas en las primeras fases del curso vital, mediante prácticas patriarcales en la familia, en el mercado laboral y por medio del Estado, siguen estructurando las relaciones de las mujeres y los hombres en la vejez. El proceso de envejecer no es igual para las mujeres que para los varones, sobre todo si se tiene en cuenta las diferentes trayectorias de vida de tipo personal, social y profesional que han desarrollado, como la diferente implicación que hombres y mujeres mayores han tenido en las tareas de cuidado y sostenibilidad de la vida (Freixas, 2008). La

función de cuidado conlleva que las mujeres sólo trabajen en el hogar, tomen trabajos mal pagados o con menor carga horaria, tiempo que no dedican a sí mismas, a su formación personal, profesional e intelectual, perdiendo así oportunidades de crecimiento laboral.

La cultura ha identificado a las mujeres, en tanto sujetos, con la maternidad, configurando así ciertos roles de género específicamente femeninos: el maternal, el de esposa, el de ama de casa (Burin, 1996), roles que se desarrollan en el campo de lo privado, donde la mujer se encuentra ligada a la esfera doméstica y el varón a la pública, ya que esta segunda, en las diversas sociedades, ha sido más valorizada, al aportar mayor prestigio (Segato, 2010). Estos mandatos y roles diferenciados son parte de un ordenamiento social no visibilizado hasta hace pocos años que establece ámbitos diferenciados de desempeño. Yuni y Urbano (2001) sostienen que la cultura patriarcal ha impuesto restricciones al género femenino y esto ha determinado modos de sentir, pensar, asumir derechos, ocupar espacios, realizar funciones y sostener valores. Se instruye sobre lo que se espera socialmente de los varones y las mujeres (Aguirre y Scavino, 2018).

De esta manera, los patrones de género, los mandatos y los roles desempeñados por las mujeres durante su trayectoria vital en sociedades donde predomina el sistema patriarcal, sin duda condicionan modos de envejecer. Como refiere Freixas (2013), los sistemas de género generan desigualdades y las mismas afectan en mayor medida a las mujeres que a los hombres. Las mujeres mayores son vulnerabilizadas y su calidad de vida se ve deteriorada por la falta de recursos y de protección institucional (Sánchez, 2011). Si bien algunas condiciones, por género, impactan negativamente en las mujeres durante toda su trayectoria vital, al operar como estructuras de opresión, al mismo tiempo existen diferencias individuales que dependerán de variables, como el estado civil, el nivel de instrucción alcanzado, la clase social, etcétera, que permitirán observar la heterogeneidad de estas mujeres a lo largo de su curso vital, particularmente en su vejez.

En la actualidad se está gestando una transformación de los roles y lugares asignados tradicionalmente a las mujeres, tal como puede observarse en los Centros de Jubilados. Ana María Fernández (1993)

describe este momento sociohistórico de irrupción de las mujeres en espacios públicos y visibles, laborales, culturales, científicos y políticos, que tradicionalmente eran ocupados por hombres. Esta penetración forma parte de un proceso más amplio, que ha implicado transformaciones de las prácticas sociales, subjetividades y mentalidades colectivas, lugares sociales y subjetivos, que en el campo de las relaciones de género ha ido modificando la imagen de la mujer y del hombre; aunque indudablemente no es una lucha ganada, ya que en la actualidad coexisten prácticas sociales públicas y privadas innovadoras con prácticas tradicionales de desventaja, discriminación y subordinación.

Estas transformaciones en la subjetividad posibilitan las condiciones que habilitan el protagonismo de las mujeres en espacios sociales tradicionalmente ocupados por hombres. El rol de las mujeres en los Centros de Jubilados se vuelve revelador de una experiencia femenina que ha adquirido nuevos significados. Las mujeres hacedoras pueden desmarcarse de expectativas y mandatos tradicionales que pesan sobre su condición, en cuanto a la edad y el género, al hallar un espacio que las vuelve protagonistas, redefiniéndose en un proceso de subjetivación femenina. Mientras que en algunos casos las estructuras de opresión operan negativamente sobre las mujeres, en otros pueden conducir a la generación de estrategias de empoderamiento y participación en la vejez. El desempeño como líder en las OMA habilita nuevas formas de funcionamiento, diversas posibilidades y oportunidades para probarse, superar crisis y transiciones que permitan aprender y re-aprenderse, resignificarse y reelaborar su identidad.

Estas mujeres pudieron no sólo confrontar los mandatos y las exigencias sociales imperantes, sino que posibilitan un modelo instituyente para las generaciones futuras. Mujeres que se problematizaron, resistieron al edadismo y a las normas culturales que limitan la vida para muchas mujeres. Hoy en día lideran organizaciones, deconstruyen un imaginario subalterno de la mujer y hacen uso del poder del que disponen. El desarrollo de actividades en los centros permite a las mujeres hacedoras explorar sus potencialidades, desplegar un

proyecto no desarrollado, cumplir sueños pendientes, iniciar una búsqueda de sentido, deseos e ideales, poniendo en juego nuevas inquietudes, seguridades, responsabilidades y libertades.

Consideraciones finales

El escenario actual de envejecimiento poblacional, global y multigeneracional, caracterizado por la feminización de la vejez que acompaña diversos cambios sociales, cualitativos y cuantitativos, que redefinen el concepto de longevidad, exige desde las distintas disciplinas y desde los diversos actores sociales el análisis de aquellos espacios que fomentan un reconocimiento institucional y formal de la vejez. Por tanto, se debe promover el desarrollo y fortalecimiento de espacios que nucleen a las personas mayores como una forma de empoderamiento, lugares de pertenencia que permiten la inclusión social y comunitaria. En este sentido, el objetivo de este artículo es resaltar el valor positivo de los Centros de Jubilados, que se constituyen en alternativas frente a la discriminación y la mirada estereotipada que prevalece en la sociedad, pero también plantear como desafío la generación de espacios superadores de la lógica binaria (joven/viejo, yo/otro) desde un intersticio que posibilite la integración intergeneracional, facilitando la circulación de las personas mayores.

Las personas mayores hacedoras que gestionan los Centros de Jubilados encuentran un espacio del cual apropiarse, que habilita posibilidades y el establecimiento de nuevos vínculos, el desarrollo de la solidaridad y el cooperativismo. Estos espacios hoy en día se encuentran en transición, ya que se ha comenzado a cuestionar el rasgo masculino de este tipo de instituciones, expresando otras democratizaciones donde las mujeres han comenzado a obtener protagonismo. Por consiguiente, los nuevos sujetos de análisis son las mujeres hacedoras que, en la búsqueda de superar mandatos y expectativas patriarcales, ocupan un lugar postergado, desafían el orden femenino y masculino con sus demarcaciones de lo público y lo privado,

comienzan a desempeñarse como líderes, adoptan responsabilidades y encuentran un proyecto generativo en el cual desarrollarse.

Esta primera aproximación al análisis de las mujeres hacedoras desde una posición feminista con perspectiva de género pretende arrojar algunos hallazgos respecto a este colectivo e interpelarnos acerca de la necesidad de profundizar en el curso vital y las trayectorias individuales situadas, que conduzcan a una mejor comprensión de *ellas* y de las instituciones que las nuclean y facilitan su expansión, más allá de los imaginarios acerca de la vejez, las desigualdades y las estructuras de opresión que operen condicionando su envejecimiento.

Bibliografía

- Aguirre Cuns, R. y S. Scavino Solari (2018), *Vejezes de las mujeres. Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*, Doble Clic Editoras, Uruguay.
- Arber, S. y J. Ginn (1996), *Relación entre género y envejecimiento: enfoque sociológico*, Narcea, Madrid.
- Bernardini Zambrini, D. (2021), “Hacia el diseño sostenible de una nueva longevidad”, *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, núm. 128, pp. 145-155.
- Bhabha, H. K. (1994), *El lugar de la cultura*, Ediciones Manantial, Buenos Aires.
- Burin, M. (1996), “Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables”, en M. Burin y E. Bleichmar (comps.), *Género, psicoanálisis, subjetividad*, Paidós, Buenos Aires, pp. 61-99.
- Clark, F. (1997), “Reflections on the Human as an Occupational Being: Biological Need, Tempo and Temporality”, *Journal of Occupational Science*, vol. 4, núm. 3, pp. 86-92.
- Dubet, F. (2006), *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos ante la reforma del Estado*, Barcelona, Gedisa.
- Fassio, A. (2015), “Inclusión social y participación en la vejez”, en M. Roqué y A. Fassio, *Políticas públicas sobre envejecimiento en los países del Cono Sur*, Flacso, Santiago de Chile, pp. 241-266.

- Fernandez, A. M. (1993), *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Paidós, Buenos Aires.
- Freixas Farré, A. (2013), *Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI*, Paidós, Madrid.
- Freixas Farré, A. (2008), “La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista”, *Anuario de Psicología*, vol. 39, núm. 1, pp. 41-57.
- Golpe, L. y C. Arias (2005), *Sistemas formales e informales de apoyo social para los adultos mayores*, Ediciones Suárez/Grupo SAVYPC/ UNMDP, Mar del Plata.
- Golpe, L., P. Perez, L. Giorgetti, N. Molero, L. Bidegain, S. Lado y D. Avale (2014), *Vejez frágil: criterios de institucionalización y derechos de los adultos mayores. Un debate para la gerontología institucional*, UNMDP/Ediciones Suárez, Mar del Plata.
- Iacobucci, R. (2011), *Identidad y envejecimiento*, Paidós, Buenos Aires.
- Kaës, R. (2004), “Complejidad de los espacios institucionales y trayectos de los proyectos psíquicos”, *Psicoanálisis. Revista editada por la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, vol. XXVI, núm. 3, pp. 655-670.
- Manes, R., B. Carballo, R. Cejas, E. Machado, S. Prins, D. Savino y S. Wood (2016), “Vejez desiguales. Un análisis desde el enfoque de los derechos de las personas mayores”, *Margen*, núm. 83, pp. 1-13.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2015), *Informe Mundial sobre el envejecimiento y la salud*, OMS, Ginebra.
- Sánchez Guzmán, M. (2011), “Género y vejez: una mirada distinta a un problema común”, *Ciencia*, vol. 62, núm. 1, pp. 48-53.
- Scott, J. W. (1986), “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, *American Historical Review*, vol. 91, núm. 5, pp. 1053-1075.
- Segato, R. (2010), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayo sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Ulloa, F. (2011), *Salud ele-Mental. Con toda la mar detrás*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- Villar, F. (2012), “Hacerse bien haciendo el bien: la contribución de la generatividad al estudio del buen envejecer”, *Información Psicológica*, núm. 104, pp. 39-56.

- Villar, F., O. López y M. Celdrán (2013), “La generatividad en la vejez y su relación con el bienestar: ¿Quién más contribuye es quien más se beneficia?”, *Anales de Psicología*, vol. 29, núm. 3, pp. 897-906.
- Wilcock, A. (2011), “A Theory of the Human Need for Occupation” (1993), *Journal of Occupational Science*, vol. 1, núm. 1, pp. 17-24, [doi:10.1080/14427591.1993.9686375].
- Wood, W. (1998), “Biological Requirements for Occupation in Primates: An Exploratory Study and Theoretical Synthesis”, *Journal of Occupational Science*, vol. 5, núm. 2, pp. 68-81.
- Xifra, M. J. (2020), “Estereotipos, factores psíquicos protectores y apoyo social percibido en personas mayores hacedoras y receptoras de la ciudad de Mar del Plata”, *Revista Argentina de Terapia Ocupacional*, año 6, núm. 2, pp. 42-52.
- Yuni, J. y C. Urbano (2001), *Mírame otra vez: madurescencia femenina*, Mi Facu, Córdoba, Argentina.

Fecha de recepción: 15/03/22

Fecha de aceptación: 08/04/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257405-422